
HACIA UNA ÉTICA DEL CUIDADO EN LA UNIVERSIDAD

MYRNA SALAZAR ÁLVAREZ

Profesora asociada por tiempo determinado, adscrita al Departamento de Educación y Comunicación

A finales del año pasado (2022), en la universidad se desarrolló el «Curso-Taller Manejo de estrés por confinamiento para el bienestar social», cuya convocatoria invitaba a estudiantes, profesores y trabajadores. La creación de este taller planteó retos importantes frente a la demanda de atención emocional al regreso a la presencialidad, así como una reconfiguración de los lazos dentro de la universidad.

Las problemáticas durante el confinamiento fueron diversas. La vida virtual, al mismo tiempo que tocó los espacios más íntimos, también trazó algunas distancias insondables entre los sujetos, toda vez que excluía a quienes no podían acceder a aparatos electrónicos y conexión a internet, asimismo permitió el acceso a la educación de personas que no habrían podido acercarse a la universidad. Todo ello, planteó el reto de una interacción cara a cara con trabajadoras, profesores y estudiantes, quienes sobrellevaron distintas pérdidas y la tarea impostergable de construir los vínculos desde estas condiciones.

Las posibilidades que abrió este curso incluyeron la creación de espacios donde se pudiera participar, lugares horizontales donde se nombraran los conflictos, no solamente académicos, sino también emocionales, que atraviesan la cotidianidad de la vida universitaria y que muchas veces son mirados de soslayo o están a la espera de respuestas instantáneas frente a las crisis.

El acompañamiento, la escucha y la contención se mostraron como herramientas clave para poder sostener el espacio habilitado por el curso, lo cual nos llevó a pensar que es el trabajo en comunidad aquel que permite sostener no sólo los vínculos, sino a los propios sujetos.

La pandemia por COVID 19 ha evidenciado la desigualdad y las múltiples formas de discriminación y exclusión que nos atraviesan. Ciertamente, todos somos vulnerables, nuestras vidas pueden cesar en cualquier momento, pero existe una vulnerabilidad



Foto:
Luis Martín
Rodríguez
Hernández

diferenciada: reconocer esas fuentes de desigualdad y afrontarlas es una ruta necesaria.

Esto tiene que ir de la mano del reconocimiento de que esa vulnerabilidad diferenciada es un producto social y que, por tanto, otras prácticas de reconocimiento del otro son posibles. Desde una ética del cuidado se puede apuntar, no solamente hacia entender el cuidado como un atributo ontológico del ser, sino también entender el cuidado como una práctica para el sostenimiento de la vida un *ethos* o hábito. Esta ética se fundamenta en la concepción del mundo social como configurado, a través de una red de relaciones de interdependencia (Butler, 2010). Así, el cuidado puede ser observado como una tarea colectiva, pues se reconoce una cuestión clave, como la mutua interdependencia y la responsabilidad hacia los otros.

Al respecto, Emmanuel Lévinas (2000) sostiene que la responsabilidad con el otro es el núcleo fundamental de la subjetividad, es decir, es un

rasgo esencial del sujeto. Es como si nuestra relación cotidiana estuviera precedida por una relación de responsabilidad con los otros.

Por lo tanto, construir y sostener proyectos y espacios universitarios bajo esta lógica permitirá no sólo cuestionar prácticas individualistas, sino reconfigurar nuestras subjetividades en un marco de mutuo reconocimiento con el otro, que es cualquier otro, y cuya vida merece ser vivida en condiciones dignas y, por consiguiente, también cuidada por todos.

De este modo, continuar con las exigencias y participación para la construcción de marcos normativos y un diseño institucional acorde con las problemáticas presentes y las propuestas del cuidado en comunidad, se mantiene como una tarea compartida abierta a los disensos y al diálogo.

Referencias

Butler, J. 2010. *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Buenos Aires, Paidós.

Lévinas, E. 2000. *Ética e infinito*. Madrid, Antonio Machado Libros.